BENJAMÍN MARTÍN SÁNCHEZ
Canónigo de la S.I. Catedral de Zamora

TEMED A DIOS

Y DADLE HONOR, PORQUE SE ACERCA LA HORA DEL JUICIO (Apoc. 14, 7)

"Temed a Dios y guardad sus mandamientos" (Ecl 1. 12,13)

APOSTOLADO MARIANO
Recaredo, 44
41003 SEVILLA

ISBN 84-7770-479-1
Depósito Legal ZA 34-2000
Imprime Ediciones Monte Casino
Tel. 980 53 16 07
49080 Zamora, 2000

PRESENTACIÓN

Según la doctrina expuesta por Jesucristo en el Evangelio, Dios es nuestro Padre. Pero precisamente por esto, por ser "nuestro Padre" y a veces el Todopoderoso, inmenso y creador del cielo y tierra, se unen armónicamente en el concepto que nosotros tenemos de Dios estos dos pensamientos: el temor y el amor de Dios.

Nosotros tememos a Dios y le amamos. Le tememos porque él seguirá siendo siempre el Señor poderoso de cielos y tierra, ante el cual tiemblan los ángeles, porque puede castigarnos si le ofendemos; pero también le amamos y confiamos en Él, porque se nos ha manifestado misericordioso y al aparecer como hombre en medio de los hombres con su doctrina admirable, con sus milagros, con su pasión, muerte y resurrección, las que tenemos descritas en el Evangelio y que llevó a cabo todo por salvarnos, nos hablan grandemente de su amor, y así leemos en el Evangelio de San Juan: "Tanto amó Dios al mundo que le dio su Hijo Unigénito, para que todo el que crea en Él no perezca, sino que tenga vida eterna, pues Dios no ha enviado a su Hijo al mundo para que

juzgue al mundo, sino para que sea salvo por Él" (Jn. 3,16-17).

Ante la grandeza y la majestad de Dios tememos a Dios, pero le amamos mucho más. Ante la majestad de Dios, y suma santidad al reconocer nuestra pequeñez y nuestra nada, sólo podemos pronunciar las palabras de san Pedro: "Apártate de mí, Señor, que soy un hombre pecador" (Lc. 5,8) y las del Centurión: "Señor no soy yo digno de que entres en mi casa" (Mt. 8,8).

Vamos, pues, a hablar del temor de Dios, ¿qué es, por qué debemos temerle, qué ventajas nos trae, quiénes pueden no temer, etc. y terminaré con un apéndice hablando de la destrucción de Jerusalén, pálida figura de lo que acaecerá al fin de los tiempos, que presagian el juicio de Dios, y así vivamos en un temor santo de no querer ofenderle.

Benjamín Martín Sánchez
Zamora, 1 enero 2000

EL TEMOR DE DIOS

¿QUÉ ES EL TEMOR DE DIOS ?

Primero diremos qué es el temor en general. Temor es el miedo de alguna adversidad que nos amenaza, y que huimos de algún mal por no perder lo que amamos.

El temor natural es el miedo de todo lo que nos es adverso, y esto no tiene nada de culpable, como se evidencia en el caso de N. S. Jesucristo, que en cuanto hombre temió naturalmente su pasión y muerte.

El temor servil, es miedo del castigo merecido por el pecado. Es *pecaminoso,* si es puramente servil, o sea, si con el miedo al castigo, conserva el afecto al pecado o a la voluntad de cometerlo.

Y es *bueno y provechoso* si por el temor de condenarnos o que Dios nos castigue quita de nosotros la voluntad de pecar, y si nos hace aborrecer la culpa, enmendar la mala vida y volvernos a Dios.

El verdadero temor es el llamado *temor filial* es aquel con que tememos cometer el pecado, no sólo por medio al castigo, sino principalmente por la ofensa que hacemos a Dios, es decir, temor filial es aquel por el que uno teme separarse de Dios por la culpa. *"El temor del Señor expele el pecado"* (Eclo. 1,17).

El temor de Dios es un don del Espíritu Santo, y es el que está activo y manifiestoen todos los santos.

Este es un temor filial, no servil, es decir, no es temor del castigo, sino de desagrado que pueda causarle a nuestro Padre Dios.

La esencia de este temor filial, dice Santo Tomás, consiste en el amor a Dios por el temor de la culpa. Cuando uno se convierte a Dios por el temor de la culpa, se da el temor filial, pues a los hijos pertenece temer la ofensa del padre.

San Francisco de Sales comenta: "Cuando tememos ofender a Dios, no por evitar el castigo del infierno o la pérdida de la gloria, sino solamente porque, siendo Dios nuestro Padre, sumamente bueno, le debemos honor, respeto y obediencia, entonces nuestro temor es filial, por cuanto un hijo bien nacido no obedece a su padre por consideración al poder que tiene de castigar su desobediencia, ni porque le puede desheredar, sino simplemente por ser su padre".

El temor filial siempre va unido al amor para con el padre, y a la medida que crece el temor va creciendo el amor y no es contrario a la esperanza o confianza que depositamos el Él, pues cuanto más seguramente espera uno la consecución de algún bien por el auxilio del otro, tanto más teme ofenderle y separarse de él.

¿Qué nos dice la Biblia del temor de Dios?

La Biblia inculca con frecuencia el temor de Dios, ese temor santo que honra al Señor y que implica grande amor porque no quiere ofenderle. Por eso dice el Eclesiastés: *"Teme a Dios y guarda sus mandamientos, porque esto es el hombre todo"* (12,13), esta es la razón de su existencia y para esto fue creado por Dios, para que guarde sus santos mandamientos y se salve.

"Temed al Señor con toda vuestra alma" (Eclo. 7,13). *"El temor de Dios es el principio de la sabiduría"* (Prov. 1,7). El "temor de Dios", o sea, la práctica de la religión, "es el principio", el fundamento, la base sólida de la verdadera sabiduría".

Temed al Señor vosotros sus santos" (Sal. 128, 1). *"Trabajad para vuestra salvación con temor y temblor"* (Fil. 2, 12). *"Temed al Señor vuestro Dios"* (2 Rey. 17, 39). *"Conservad el temor del Señor, y envejeced en él"* (Eclo. 2,6).

El ejemplo maravilloso de Abrahán

El patriarca Abrahán tenía un santo temor de Dios como lo demostró cuando se le mandó sacrificar a su hijo Isaac. Dios le había prometido multiplicar su descendencia como las estrellas del cielo, y ahora le

exige que sacrifique a su único hijo. Pero Abrahán, que ha merecido ser llamado el "padre de los creyentes", no dudó en confiar en su Dios. Toma a Isaac y parten para el monte señalado por el Señor.

Cuando iba camino al sacrificio se iba diciendo: si Dios me ha dicho que mi descendencia va a ser como las estrellas del cielo, poderoso es Él para resucitarlo, y sucedió que al tender su brazo para matar a su hijo, le grita el ángel de Yahvé: "¡Abrahán, Abrahán!" Y éste contestó: Heme aquí. "No hagas nada al niño, porque ahora he visto en verdad que temes a Dios, pues por mí no has perdonado a tu hijo, a tu unigénito".

Abrahán ofreció a Dios en holocausto un carnero que vio enredado en unas zarzas, y Dios le juró que multiplicaría grandemente su descendencia (Gen. 22).

¿Por qué hemos de temer a Dios?

A Dios le hemos de temer porque Él es justísimo, y Jesucristo nos avisa al decirnos: *"Temed al que puede echar cuerpo y alma en el infierno"* (Mt. 10, 18). En la Sagrada Escritura leemos que por un solo pecado (el de nuestros primeros padres) vino la muerte con innumerables sufrimientos sobre millones de

hombres, de los cuales un gran número serán eternamente desgraciados. Lo mismo podemos colegir de los acerbos tormentos de Jesucristo en la cruz… sufridos por nuestros pecados por nuestros pecados.

¿Quién, pues dejará de temer a Dios? Pero este nuestro temor no ha de ser servil, sino filial (Rom. 8,15); esto es, hemos de temer, no tanto los castigos de Dios como sus ofensas. El que sólo por temor del castigo obra el bien, dice San Gregorio Magno, no ha dejado enteramente el pecado. Mas sólo el que ama a Dios, le profesa un temor filial, pues la caridad perfecta echa fuera el temor servil (1Jn. 4,18).

El santo Beda el Venerable dice: "Donde no existe el temor de Dios, allí reina el pecado; pero donde está el temor de Dios, se encuentra el reino de Dios y la santidad" (In Sentent).

¿Qué provecho nos acarrea el temor de Dios?

Bien podemos decir que el temor de Dios nos proporciona grandes provechos, y son: el retraernos del pecado y llevarnos a la perfección y a la felicidad temporal y eterna.

"El temor de Dios echa fuera el pecado" (Eclo. 1,27). El temor de Dios contuvo al anciano Eleazar para no comer las carnes prohibidas contra el mandamiento divino. *"Aunque ahora escape a los tor-*

mentos de los hombres, dijo, no podré evitar, ni vivo ni muerto, la mano del Todopoderoso" (2 Mac. 6,26). *"Quien a Dios tiene, por nada tiembla"* (Eclo. 34, 16).

He aquí lo que dicen varios santos Padres del temor de Dios:

-San Efrén: El que teme al Señor, evita todas las asechanzas del enemigo malo.

-San Basilio: El que teme a Dios, estará tan lejos de abusar de sus sentidos, como el hombre enclavado con clavos está lejos de menear sus miembros, por el gran dolor.

-San Bernardo: Como el viento disipa las nubes, así el temor de Dios las concupiscencias carnales.

-San Gregorio Magno: El que teme a Dios, echa de sí las cosas terrenales como el navegante en la tempestad arroja las mercancías al mar.

El temor de Dios, decía el Padre Granada, guarda las virtudes como el muro las viñas. El temor de Dios es también, dijo San Juan Crisóstomo, un guardián de la virtud y se parece a un soldado armado, que defiende la casa e intima a los ladrones.

"El temor del Señor es gloria y honor, prudencia y corona de gozo. El temor del Señor regocija el corazón, da regocijo, alegría y longevidad. Al que teme a Dios le irá bien en sus postrimerías y el día de su fin hallará gracia" (Eclo. 1,11-13).

El temor de Dios es un don de su gracia

Ha habido hombres que han ido por caminos del ateísmo y de la incredulidad, pero han llegado a temer a Dios y volverse a Él cuando se han visto ante la muerte o algún terrible acontecimiento.

Era Lavedán un literato francés que escribía mucho en revistas y periódicos y decía a voz en grito que Dios no existía, que el infierno era un timo y el cielo un bonito engaño. Estalló la guerra europea en 1914. Lavedán tuvo que dejar la pluma y marchar al cuartel. Al salir para la batalla, y quizá para la muerte, tomó por última vez la pluma y escribió: "Me reía de la fe y me juzgaba sabio a mí mismo. Me engañaba y también os engañaba a vosotros, que habéis leído mis libros y habéis cantado mis poesías. Era embriaguez... engaño... Abandonar a Dios es perderse. No sé si aún viviré mañana, pero quiero decir a mis amigos: Lavadán teme a Dios y no se atreve a morir como ateo".

Aunque no estemos en guerra, la muerte está sobre nuestras cabezas. Dios existe. Temamos ofenderle. Dios en su bondad quiere atraernos y nos dice por el profeta: *"Yo les pondré mi temor en el corazón, para que no se aparten de mí"* (Jer. 32, 40). El temor de Dios es un don del Espíritu Santo. Hagámonos dignos de este don.

Motivos que nos obligan a temer a Dios

Los principales motivos que nos obligan a temer a Dios son: Nuestros numerosos pecados. *"¿Quién puede comprender,* dice el salmista, *los extravíos del corazón? Purificadme, Señor, de los pecados que ignoro y de los que he hecho cometer a otros.* (19,13-14).

Además, la incertidumbre en que vivimos del estado de nuestra alma. "El hombre no sabe si es digno de amor o de odio" (Eclo. 9,1) y como dice San Pablo: *"Aunque mi conciencia nada me eche en cara, no por eso estoy justificado"* (1 Cor. 4,4), y este apóstol nos incita a trabajar para nuestra salvación con temor y estremecimiento, y por lo mismo es evidente que nadie está seguro de tener la gracia y la perseverancia.

En el Eclesiástico leemos: *"Aun del pecado expiado no vivas sin temor, y no añadas pecados a pecados. Y no digas: Grande es su misericordia, también castiga y su furor caerá sobre los pecadores"* (5,5-7).

"El Señor no deja ningún pecado sin castigo; porque, o lo seguimos llorando, o Dios se lo reserva para presentarlo en su tribunal y castigarlo (S. Gregorio Magno).

Hemos, pues de temer, porque podemos caer. Tenga cuidado de caer el que está levantado (1 Cor. 10,12). "No hay, dice San Agustín, pecado cometido por hombre alguno, que no pueda cometer otro, si Dios le abandona" (De Carit.).

También hemos de temer, porque ignoramos el momento de la muerte, y hasta cómo hemos de morir. *El día del Señor llega como el ladrón de noche* (1 Tes. 5,2). *"Vendrá en el momento que menos lo penséis, dijo Jesucristo* (Lc. 12,40).

Finalmente tenemos mil motivos para temer a Dios: vg. la incertidumbre de la gracia...; la incertidumbre de merecerla...; nuestra ignorancia..., los juicios impenetrables de Dios, pues un secreto orgullo, una negligencia, un pecado solamente venial pueden ser causa de que Dios nos retire poco a poco su gracia y permita que caigamos en pecados mortales, exponiéndonos a los peligros y a las tentaciones...; nuestra fragilidad, nuestra inconstancia, nuestros enemigos: el demonio, el mundo y nuestra naturaleza, y estamos inciertos de nuestra perseverancia.

Sin embargo, no hemos de demorarnos nunca, desesperar, ni llegar a los escrúpulos. El temor de Dios es el que conduce a la salvación. Desesperarse conduciría al infierno.

Otras ventajas del temor de Dios

La Sagrada Escritura nos habla con frecuencia de la excelencia y ventaja del temor de Dios. En los Hechos de los Apóstoles leemos "La Iglesia de Dios se agrandaba marchando en el temor de Dios". (9,31), y el salmista dice: *"¿Quién es el hombre que teme al Señor? Él le enseñará el camino que ha de seguir"* (Sal. 25,12). *"Los secretos del Señor son para los que le temen"* (25,14). *"Temed al Señor vosotros que sois sus santos, porque de nada carecen los que le reverencian"* (Sal. 33,10).

"En el fondo de su corazón el impío se ha animado a pecar, porque no hay ante sus ojos temor de Dios" (Sal. 36,1). *La salvación está cerca de los que temen"* (Sal. 86, 10). *"La misericordia de Dios es eterna para los que le temen, y su justicia para los hijos de los hijos"* (Sal. 103, 17). *"El Señor está cerca de cuantos le invocan, de todos los que le invocan de veras. Satisface los deseos de los que le temen, oye sus oraciones y los salva"* (Sal. 145, 18-19). *"Temed al Señor vuestro Dios y os librará de la mano de vuestro enemigo"* (2 Rey. 17,39).

"El temor de Dios es el principio de la sabiduría; pero los insensatos desprecian la sabiduría y la ciencia" (Prov. 1,7). *"El que anda por el camino recto, teme al Señor"* (Prov. 14,2). Este temor saludable le

inclina a no desviarse jamás del camino de la santidad, que es del agrado de Dios. *"El hombre que tiene el temor de Dios, se aparta del pecado"* (Prov. 15, 27).

He aquí algunos testimonios de los Santos Padres:

-***San Basilio:*** El temor es el introductor obligado de la piedad; pero pronto el amor le sucede y conduce a la perfección a los hijos adoptivos del Señor (Homilía 8 Ps. 32)

-***San Juan Crisóstomo:*** ¿De dónde viene esa gran fuerza del temor de Dios para destruir el mal? De que el temor de Dios extirpa de nuestro corazón las pasiones, raíz de todos los males. (Homil. in Epist. ad Heb.)

-***San Bernardo:*** He aprendido con certidumbre que nada es comparable a la humildad y al temor de Dios para merecer, conservar y recobrar su gracia... La primera de las gracias es el temor de Dios; el que lo recibe y cede a sus aspiraciones, detesta toda iniquidad, porque escrito está: *"El temor del Señor aborrece al mal"*, y también: *"Temed al Señor y alejaos del mal"*. Se dice de Job que *"era un hombre temeroso de Dios, que se apartaba del mal"*. Sin aquella gracia que es el principio de la piedad, ningún bien se desarrolla ni se multiplica. Como la falsa seguridad es el manantial de todas las iniquidades, el temor del Señor es el

principio, la base y la custodia de todos los bienes". (De don. S. Spirit. C.I).

-San Ambrosio: El temor de Dios nos impide temer a nuestros enemigos.

-San Beda, el Venerable: El temor de Dios destruye los vicios y las pasiones...

-San Jerónimo: El temor de Dios es el custodio de las virtudes.

Tertuliano decía: "El temor es el fundamento de la salvación. el temor nos pone en guardia, nos salvamos. (Lib. de cult. femin.).

Tobías dijo a su hijo: *"No temas, somos pobres, pero rico serás si temes a Dios y te apartas de todo pecado y haces lo que le es grato"* (4,21).

¿Qué es lo que puede hacernos santos?

Lo que más fácilmente puede conducirnos a la santidad es el temor de Dios. San Bernardo lo dice así: "Lo que hace santo a un hombre son los santos afectos, y de éstos, dos principalmente: es al saber, el santo temor de Dios y su santo amor. El alma llena de ellos podrá, como con dos brazos poderosos, comprender a Dios, abrazarle, estrecharle, retenerle y decir con razón aquello de: *"Le he asido y no le dejaré ir"* (Cant. 3,4).

En el *Pastor de Hermas*, leemos: "Teme, me dijo, al Señor y guarda sus mandamientos. Ahora bien, si guardares los mandamientos de Dios, serás poderoso en toda acción y tu acción será incomparable, porque temiendo al Señor, todo lo harás bien. Este es el temor que has de tener y te salvarás. Al diablo empero, no le temas, pues temiendo al Señor, te enseñorearás del diablo, ya que en él no hay poder alguno" (Mand 7,1-2).

Santo Tomás dice: "En Dios se debe considerar la justicia con la cual castiga a los que pecan, y la misericordia con la cual nos libra; así pues, si consideramos su justicia surge en nosotros el temor; si consideramos su misericordia surge en nosotros la esperanza, y por esto según diversas razones Dios es objeto de la esperanza y del temor. (2, 2 q 19 a 1 ad 2).

"El temor servil no debe contarse entre los siete dones del Espíritu Santo, aunque procede del Espíritu Santo; porque... puede ir acompañado de la voluntad de pecar; y los dones del Espíritu Santo no se compadecen con tal voluntad, porque nunca les falta la caridad... de donde se sigue que el temor que figura entre los siete dones del Espíritu Santo es el temor filial" (Santo Tomás).

¿Quiénes pueden no pecar?

San Agustín aborda este temor y viene a decirnos: "Dice San Juan: *"En la caridad no hay temor, pues la caridad perfecta echa fuera el temor"* (1 Jn. 4,18) y lo dice con razón. Si, pues, no quieres tener temor, debes considerar primero si has alcanzado ya aquella perfecta caridad que excluye el temor, porque si prescindes de él antes de haberlo conseguido, es tu soberbia la que infla y no la caridad que edifica. En el alma recta, el temor no es excluido por vanidad, sino por la caridad...". "Examina, pues, bien tu conciencia si no quieres temer. No te contentes con un examen superficial; penetra dentro de ti, en el interior de tu corazón. Escudriña diligentemente, si no hay una vena suelta de donde pueda brotar el pernicioso amor del siglo, si no eres movido ni sorprendido jamás por ningún deleite o deseo de la carne, si no te engríes por la menor jactancia, si no te preocupas por cuidado alguno de vanidad; atrévete a verte puro y cristalino, limpio de toda obra, dicho o pensamiento malo, y si ves que no te abruma el deseo del mal y que ni aún siquiera se te escapa alguna negligencia en el bien, si todo ello es así, regocíjate con razón, alégrate de vivir sin temor.

Lo ha excluido la caridad de Dios, al que amas con todo tu corazón y toda tu mente. Lo ha excluido

la caridad del prójimo, al que amas como a ti mismo... Pero si te queda alguna de estas imperfecciones y quieres estar libre de ellas refújiate en el temor de Dios".

"Tema el cristiano antes de alcanzar la caridad perfecta. Entienda que vive peregrino hacia el Señor. tanto menor es el temor cuanto más cerca está la patria hacia la que nos encaminamos. Debe ser mayor el de los que peregrinan, menor el de los que se acercan y ninguno el de los que llegan... Tema, pues, el cristiano no a los que matan el cuerpo y después no pueden hacer nada, sino al que tiene poder para arrojar al cuerpo y al alma en los infiernos" (Lc. 12, 4-5).

"Hay otro temor de Dios puro que permanece para siempre (Sal. 18, 10), que no es excluido por la caridad perfecta... El temor excluido por la caridad perfecta es el que atormenta al alma con la preocupación de perder algo que se ama en las mismas criaturas, como su salud, descanso corporal u otra cosa parecida después de nuestra muerte... En cambio, cuando lo que el alma teme es abandonar a Dios y, en consecuencia, ser abandonada de Él, el temor es casto y permanente...".

Dicha que proporciona el temor de Dios

El temor de Dios dice San Juan Crisóstomo, nos hace firmes e inquebrantables; proporciona tal alegría, que nos hacemos insensibles a todos los males; porque, temiendo a Dios como merece, y confiando en Él, se adquiere el principio mismo de la dicha y el manantial de toda la alegría (Homil. ad p.).

¡Qué grandes son, Señor, exclama el salmista, los bienes que habéis reservado a los que os temen! (31, 20). ¡Oh vosotros que teméis al Señor, alabadle por vuestra dicha! (Sal. 21, 24).

Dichoso el hombre que teme al Señor, tendrá placer en observar sus mandamientos (Sal. 111,1). Su posteridad será poderosa en la tierra, y Dios la bendecirá" (Id.). Dichosos los que temen al Señor y andan en sus vías (Sal. 127, 1).

San Hilario, según cuenta San Jerónimo, decía al morir: "Sal, ¿qué temes, alma mía? Hace ya cerca de setenta años que sirves a Jesucristo con temor alégrate". *"El que teme al Señor hallará el bienestar en su último día"* (Eclo. 1,13).

Dichoso el hombre a quien ha sido dado tener el temor de Dios. ¿A quién puede compararse el que lo posee? (Eclo. 25,13).

Estad siempre en el temor del Señor; la esperanza será vuestra en la muerte, y vuestra dicha no se os arrebatará (Prov. 33, 17-18).

Teme a Dios para no pecar

Llevamos el tesoro preciosísimo de la gracia en vasos de barro, como dice el apóstol San Pablo, los cuales se pueden quebrar fácilmente, y derramar y perderse todo, y andamos en medio de muchos encuentros y peligros. Los que no se conocen bien temen esta fragilidad y flaqueza, viven con falsa seguridad, y así fácilmente vienen a caer y perderse; mas los que se conocen y temen, andan con grandes cuidados y avisos para conservarse, y así viven más seguros; y si alguna seguridad hay en esta vida éstos la tienen.

No vivas confiado en tus fuerzas. "El necio es atrevido y confiado, y por eso cae; pero el sabio anda con temor, y así se libra del mal".

Llena tenemos la Sagrada Escritura y los santos de estos ejemplos; y llóralo muy bien el glorioso San Agustín: "A muchos hemos visto y de otros oído decir a nuestros mayores, que habían subido hasta el cielo y puesto su nido allá entre las estrellas. ¡Ay –dice– que no me puedo acordar de ellos sin gran temor! ¡Cuántas de estas estrellas han caído del cielo!

¡Cuántos que estaban sentados a la mesa de Dios y comían pan de ángeles, han venido a desear henchir sus vientres de manjares de puercos! ¡Cuántas cantidades más finas y más hermosas que el marfil antiguo han sido tiznadas y convertidas en carbones de fuego!

Pues aprendamos de aquí a andar siempre con temor y recato; y ¡ay de aquel que no anduviere siempre con él! Bien le podéis llorar, porque pronto caerá: No lo digo yo, el Espíritu Santo lo dice: *Si no anduvieseis siempre con temor y recato,* huyendo el peligro, y guardándoos de la ocasión, y desechando luego el mal pensamiento, y previniéndoos para la tentación, *pronto caeréis* (P. Rodríguez. Compendio Ejerc. Perfección).

Medios para adquirir el temor de Dios

Estos son los medios para adquirir el temor de Dios:

1° *Mantenernos en presencia de Dios.* *"Por mucho que uno se esconda en escondrijos, ¿no lo veré Yo?, dice el Señor. ¿No lleno Yo los cielos y la tierra?"* (Jer. 23, 23-24). San Agustín comenta: "Sales de casa, Dios te ve; enciendes la luz, Dios te ve; la apagas, Dios te ve. Teme a Dios, teme a Aquel que se dedica a observarte. Y a lo menos por temor vive casto, o si

quieres pecar, busca un lugar donde Él no te vea, y haz lo que quieras" (S. 132,2). "La presencia de Dios es un remedio contra todos los vicios" (San Basilio). "Si pensáramos que Dios nos ve, nunca o casi nunca pecaríamos" (Santo Tomás).

2º *Llevar una vida conforme a la ley de Dios.* Con una buena vida, dice San Agustín nos procuramos una buena conciencia y no tememos ningún castigo. El que no quiere temblar un día de espanto, aprenda a temer ahora; aprenda, durante algún tiempo a estar lleno de solicitud el que quiera conservar la seguridad. A medida que nos acercamos a la patria el temor disminuye. El del viajero debe ser grande; el del hombre que ve levantarse en el horizonte los muros de la ciudad santa, es menor; el elegido a quien se abren sus puertas, no tienen ninguno.

3º *La sabiduría* da nacimiento al temor, dice San Ambrosio, la inteligencia ilumina, los consejos la dirigen, la virtud la fortifica, la ciencia la gobierna y la piedad la embellece.

Vivamos en el santo temor de Dios, porque este temor *nos aparta del pecado* (Prov. 15, 27) y nos *lleva a la vida* (Prov. 19, 23).

Temed a Dios, porque se acerca el día de su juicio

"El hombre, dice San Agustín, empieza por temer el día del juicio, y este temor le lleva a corregirse de sus vicios, le hace vigilante con sus enemigos, le hace evitar el pecado, le vuelve a dar la vida interior, y le obliga a mortificar su carne" (In Epist. 9).

El Evangelio de San Mateo (24, 15-35) y lo mismo el de San Lucas (21, 8-33) nos habla de la abominación de la desolación predicha por el profeta Daniel, de grandes tribulaciones, terremotos, y en diversos lugares hambres, pestes, espantos y grandes señales del cielo, y al referirnos al fin del mundo como confundido con lo sucedido en la destrucción de Jerusalén que tuvo lugar en año 70 de nuestra era, podemos adivinar en ella una figura pálida de aquél.

Y así como la ruina de la ciudad deicida fue el juicio severo de Dios por los pecados de infidelidad de los judíos que vivían sin temor de Dios, así la destrucción del mundo será el juicio severo de los pecados del género humano.

Como la de Jerusalén fue terrible y espantosa, lo será también la del mundo. Y ¿cuándo será el fin del mundo? lo ignoramos; pero, como comenta San Agustín, "no se nos dice en el Evangelio ni el día ni la hora para que vivamos siempre alerta, porque el día eterno será igual que nuestro último día de este

mundo. Podemos vivir como hombres o como hijos de Dios.

Los réprobos llamados a la filiación divina prefieren ser hombres e incurren en las maldiciones del salmo (82, 7): *moriréis como hombres.* Vive como hijo de Dios y reinarás con Dios".

El pensamiento de la terribilidad del juicio engendra el temor, que para la vida cristiana resulta también saludable, y todos debemos poseerlo porque el temor de Dios nos trae siempre la ventaja de retraernos del pecado. No estará demás el que describa como apéndice de este folleto cómo fue la destrucción de Jerusalén, ya que ésta es un símbolo de lo que acaecerá al fin de los tiempos, que están para nosotros más cerca de lo que creemos, y puede movernos a vivir en un temor santo de Dios para no ofenderle jamás.

APÉNDICE
LA DESTRUCIÓN DE JERUSALÉN

He aquí lo que nos refiere el historiador judío Flavio Josefo, que fue contemporáneo de Jesucristo y presenció la destrucción de la ciudad. Puede verse este relato en su obra "La guerra judaica", que aquí damos extractado. Y como una parte del Evangelio de San Mateo (24, 15-35), según la interpretación más acentuada, se refiere a la destrucción de

Jerusalén por los romanos, por eso es el insertar aquí la historia de tan interesante episodio según el relato del dicho Flavio Josefo.

"Cuando en frase de Josefo, los judíos parecían una fiera furiosa y salvaje que a falta de otros alimentos se enfurece contra su propia carne, no le fue difícil a Tito, emperador romano, acercarse a Jerusalén en la primavera del 70 y acampar a las puertas mismas de la ciudad.

Estableció un campamento a unos doscientos metros del Gólgota, otro frente a la Torre Hípico, junto a la actual puerta de Jaffa, y un tercero, constituido por la décima legión, en el monte de los Olivos.

Después de inútiles tentativas para infundir sentimientos de paz en el ánimo de los judíos, mandó Tito cercar la ciudad con trincheras. Terminadas éstas, y cuando descomunales arietes comenzaban a batir en brecha por tres lados a la vez el tercer recinto amurallado, los sitiados, reconociendo demasiado tarde la necesidad de unirse, levantaron grandes alaridos, y aun de los más esforzados se apoderó el desaliento. A pesar de la heroica defensa de los judíos, la muralla fue expugnada a los quince días de asedio, y Tito comenzó enseguida el ataque del segundo recinto. A los cinco días consiguió derribarlo, y con los más valientes de su ejército penetró en la ciudad.

Mas de todas las partes le disparaban a mansalva los judíos: desde las calles, cuyo exacto conocimiento los favorecía; desde los tejados y desde las murallas. Durante tres días impidieron a los romanos la entrada, mas hubieron de ceder al violento ataque del cuarto día. Entonces Tito mandó construir grandes terraplenes para batir la Torre Antonia. Mas apenas levantados, después de diecisiete días de trabajo, fueron destruidos, con cuantos ingenios de guerra allí se habían conducido, por la valentía y astucia de los judíos, que luchaban con el valor que presta la desesperación.

Comienza el asedio

Por desgracia para los judíos, Tito comenzó el asedio de la ciudad después que en ella se había congregado inmensa multitud de peregrinos para celebrar la Pascua, de suerte que, en frase de Josefo, parecía como que todo el pueblo se hubiera encerrado en una cárcel. Ello contribuyó a que fuese en aumento el hambre en Jerusalén. Con peligro de la vida, salían de la ciudad los judíos al campo por la noche para recoger algunas hierbas que comer.

Muchos de ellos caían en poder de los romanos, los cuales, para amedrentar a los sitiados ya obligados a rendirse, azotaban y crucificaban a los infelices pri-

sioneros frente a los muros de la ciudad. No pocas veces crucificaron quinientos y aún más en un solo día.

A la vista de los desgraciados se alzaba el Gólgota. Para que los judíos abandonasen toda esperanza de evadirse y con más certeza les obligase el hambre a rendirse, bloqueó Tito la ciudad por medio de una estrechísima e ininterrumpida línea de contravalación. El recinto de la ciudad medía treinta y tres estadios, poco más de seis kilómetros; la línea de contravalación no pasaba de los treinta y nueve estadios, poco más de siete kilómetros, una milla geográfica.

Partiendo del cuartel general de Tito, que estaba al noroeste de la ciudad, aquel cinturón de hierro cortaba la parte inferior de Bezetha o la Ciudad Nueva, para bajar al valle del Cedrón y, atravesándolo, seguir de norte a mediodía por el monte de los Olivos hasta las tumbas de los profetas; torciendo luego hasta el oeste, pasaba al sur de Siloé y, ciñendo la ciudad por el sur y el oeste, venía a cerrarse en el punto de partida.

Defendían aquel muro de tapia, piedra y arbustos, trece reductos o castillos de diez estadios, o sea dos kilómetros de perímetro cada uno. Todo el ejército trabajó en la obra con tanto celo, que, pareciendo exigir muchos meses su construcción, se terminó

en tres días, según Josefo. *"Te rodearán de trincheras tus enemigos"* Había predicho el Salvador (Lc. 19,43).

Se extiende el hambre y la miseria

Al poco tiempo cebóse el hambre en la multitud con creciente furor, y la miseria se vio aumentada por una epidemia mortífera. Lo que ordinariamente suele producir repugnancia, se devoraba con avidez: cuero viejo, heno podrido, estiércol, etc. Los hombres arrebataban a las mujeres un bocado, las mujeres a los hombres, los niños a sus padres y las madres a sus tiernas criaturas; y aun hubo madre que mató al hijo de sus entrañas para devorar su carne.

"Es imposible –observa Flavio Josefo–, describir por menudo todas las atrocidades de los habitantes; jamás ciudad alguna sufrió tanto, y nunca, desde el principio del mundo, hubo generación tan desenfrenada de crímenes. Familias enteras, linajes enteros, fueron muriendo por el hambre. Las terrazas estaban llenas de mujeres y niños extenuados; las calles, de ancianos pálidos. Hombres y adolescentes andaban como sombras y caían medio muertos, y hubo quienes, al ver que se acercaba la hora, se encerraban ellos mismos en la tumba para no quedar insepultos. Ningún lamento se oía, ningún quejido rasgaba el aire; los que lentamente iban muriendo contempla-

ban con ojos rígidos a los ya muertos y les envidiaban su suerte.

Por todas partes sobre muertos y agonizantes reinaba nocturno silencio, turbado alguna vez por el estrépito de los zelotes, que asaltaban las casas para robar hasta los vestidos de los cadáveres.

Después de muchos ataques infructuosos fue, por fin, expugnada la Torre Antonia, y Tito pensó en atacar el monte del templo y su muro exterior. Ya antes había invitado repetidas veces a los judíos a capitular; mas ahora renovó de nuevo su oferta: "pongo por testigos a los dioses de mi patria –mandó decir–, si ha habido algún dios que haya alguna vez tenido providencia de esta ciudad –pues no creo que ahora la tenga–, le pongo asimismo por testigo, y también a mi ejército y a los judíos que están conmigo, de que no os constriño a manchar el Templo. Si os sometéis, ningún romano se acercará al santuario. Yo lo conservaré, aunque no lo queráis". Pero los zelotes no vieron en la magnanimidad del romano sino cobardía, y despreciaron sus avisos.

Se entabló una lucha feroz

Entonces se encendió la lucha más terrible que nunca. Al golpe del ariete se desplomaban los muros

norte y oeste del Templo; pero resultaron vanos todos los ataques dirigidos contra el muro oriental del atrio.

El general romano intenta un asalto, y es rechazado con grandes pérdidas. Entonces Tito manda incendiar las puertas; el fuego funde la plata de que están recubiertas, quema la madera y penetra en los pórticos. Todo el día y toda la noche dura el incendio, y a la otra mañana se ordena apagar el fuego.

Pero mientras los soldados se ocupan en cumplir la orden, los judíos atacan nuevamente y son rechazados y perseguidos hasta el Templo.

Entre el tumulto general, un soldado romano haciéndose elevar hasta una de las ventanas doradas que por el lado del norte daban a una de las estancias inmediatas al santuario, arrojó por ellas un tizón ardiente. Prende el fuego en los ricos artesonados y en un momento se comunica a las salas contiguas del santuario.

Al saberlo Tito, acude presuroso con sus oficiales, y con el gesto y con la voz quiere contener a los soldados y obligarles a combatir las llamas. Pero en vano. Las legiones se precipitan tras él; la indignación, el odio y la rapiña las hacen sordas a las órdenes, y al ver en su derredor brillar el oro, creen que el Templo encierra inmensas riquezas; no es tiempo de domar ya su salvajismo.

Los judíos, que con furor desesperado les salen al paso, caen en el suelo acuchillados; en torno al altar de los holocaustos yacen amontonados los cadáveres, y la sangre corre a torrentes en las gradas del templo.

Tito penetra en el edificio encendido, llega hasta el *Sancta Sanctorum* y sus ojos contemplan con asombro aquel hermoso templo, cuya significancia y esplendor interior no desmienten lo que por de fuera promete. Todavía espera poder salvar el edificio interior; se esfuerza en dar voces para combatir el fuego; mas nadie le oye. Entretanto un soldado, inadvertidamente lleva el fuego al interior, y al instante prende aquí también la llama. Tito tuvo que retirarse, y al poco tiempo el Templo de desmorona.

Los romanos plantan las águilas imperiales en el lugar santo y ofrecen sacrificios a los dioses. Era el día mismo del mes en que en otro tiempo ardió el templo de Salomón, el nueve de Ab, 15 de agosto del año 70 después de Cristo. Medio año antes, el 19 de diciembre del 69, en Roma ardía en el Capitolio el templo de Júpiter, el primero de los dioses romanos, incendiado por los soldados de Vitelio, que luchan contra los partidarios de Vespasiano. Los templos del judaísmo y del paganismo se derrumbaban cuando el reino de Cristo se disponía a conquistar el mundo.

La antigua ciudadela

Aun faltaba por expugnar el monte Sión con el palacio de Herodes, la antigua ciudadela. Cuando los sitiadores, después de varios días de trabajo, acercaron los ingenios de guerra al muro, y el ariete abrió brecha en la cortina occidental, fue espantosa la confusión de los sitiados, y, sin pensar en las tres torres Hípico, Fasael y Mariamna podían hallar inexpugnable asilo, todos fueron a refugiarse en los corredores subterráneos, de los cuales unos comunicaban con el monte del Templo y sus cuevas y otros tenían salida por la fuente de Siloé; a los pocos días el hambre les obligó a rendirse. Más tarde se encontraron allí dos mil cadáveres.

Entretanto los romanos plantaron las águilas imperiales en los torreones de Sión y se desparramaron por las calles, derribando cuanto sus manos alcanzaban, quemando las casas con los que en ellas se habían refugiado. Dos días y dos noches estuvo ardiendo la ciudad; al tercer día era ésta un montón de escombros, bajo las cuales había infinidad de cadáveres sepultados. Era el 2 de septiembre del año 70.

Tito entra en la ciudad

Cuando Tito entró en la ciudad, admiróse de la fortaleza de sus murallas, en especial de las tres soberbias torres Hípico, Fasael y Mariamna y es fama que de ellas dijo: "Evidentemente nos ha valido la victoria el fervor de los dioses, pues sólo un Dios ha podido lanzar a los judíos de estas ciudadelas. Contra ellas nada habría podido la mano de los hombres ni la fuerza de los ingenios.

Según Josefo, más de un millón de hombres pereció durante el sitio. El número de prisioneros, según el mismo, se elevó a 97.000; parte fueron enviados a las minas egipcias, parte distribuidos por las provincias para luchar en los anfiteatros unos contra otros o con las fieras. En un solo día perecieron 2.500 judíos en los juegos circenses que en honor de Tito organizó la ciudad de Cesarea de Filipo, y en los de Beyrut sucumbieron una "inmensa muchedumbre". Pero los más fueron vendidos por todo el mundo como esclavos.

Tito dispuso, finalmente, que fuese arrasado cuanto del templo y de la ciudad quedaba, y que el arado pasara por los escombros. Únicamente exceptuó los tres torreones y una parte de la muralla, de occidente con los edificios contiguos para que sirviera de alojamiento a las tropas que allí habían de que-

dar y diese firme testimonio de la firmeza de la ciudad y del valor de los romanos.

SIGNOS EXTRAORDINARIOS QUE PRECEDIERON A LA RUINA DE JERUSALÉN

Según testimonios de Flavio Josefo y del historiador Tácito, a la ruina de Jerusalén *precedieron* signos extraordinarios. Durante todo un año se vio sobre la ciudad un cometa, que tenía forma de espada. Antes del comienzo de la guerra, habiéndose reunido el 8 de abril el pueblo para celebrar la Pascua, a las tres de la madrugada circundó el Templo y el altar una *luz tan resplandeciente*, que durante media hora convirtió la noche en día clarísimo.

La puerta oriental del Templo, llamada *puerta corintia*, que era de bronce y apenas veinte hombres bastaban para cerrarla al atardecer, se abría bruscamente de por sí a medianoche. El 21 de mayo viéronse en el aire sobre toda la comarca antes de la puesta del sol ejércitos que asaltaban ciudades y torres (2 Mac. 5, 2 ss). En la fiesta de Pentecostés, cuando los sacerdotes ejercían al atardecer del culto ordinario en el templo, oyeron un murmullo, luego voces de multitud que se apiñaba, los cuales decían: *¡Vámonos de aquí!* Pero el presagio más terrible de

todos fue que un sencillo campesino por nombre Jesús, hijo de Amanus, cuatro años antes de la guerra, en la fiesta de los Tabernáculos, comenzó de repente a gritar: "Una voz del oriente una voz de occidente, una voz de cuatro vientos, una voz contra Jerusalén y contra el Templo, una voz contra esposos y esposas, una voz contra todo el pueblo".

Así gritaba recorriendo las calles; fue golpeado y azotado, hasta quedar al descubierto los huesos; mas no por eso lloraba ni se lamentaba, sino que seguía gritando incesantemente: "¡Ay! ¡Ay de ti, Jerusalén!". Así gritaba por espacio de cinco meses, y más tarde aún en las fiestas, hasta que Jerusalén fue cercada. Entonces gritó por última vez a los muros de la ciudad: "¡Ay! ¡Ay de la ciudad! ¡Ay del Templo y del pueblo!" Y añadió: ¡Ay también de mí! Y sin dejarle apenas tiempo para concluir, una piedra lanzada por una ballesta desde la línea romana le dejó sin vida".

El valle de Josafat

El trecho del Cedrón que está al oeste del sepulcro de la Virgen y Getsemaní, hasta el puente inferior, se domina comúnmente el valle de Josafat. Sólo el profeta Joel le da este nombre, y alude a la celebración de un misterioso juicio con estas palabras: *"Reuniré a todas las gentes y las llevaré al valle de*

Josafat y discutiré con ellas la causa de mi pueblo y de mi heredad, Israel, que ellos dispersaron entre las naciones, apartándose mi tierra" (3,2).

No se ve si el profeta quiso sólo designar este valle o pretendió aludir al lugar donde ha de verificarse el juicio final conforme a la palabra *Josafat*, que significa: el Señor juzga. Lo que sí creyeron los judíos era que el juicio ocurriría junto a Jerusalén. De aquí el anhelo por parte de muchos israelitas de acabar sus días en la Ciudad Santa y ser enterrados en el valle de Josafat para estar cerca del lugar del juicio. Al oriente y mediodía el valle está sembrado de tumbas hebreas. En la parte occidental, junto al los muros del templo, hay un cementerio mahometano.

La terrible trompeta

La trompeta terrible aparece en la Escritura como un anuncio de calamidades y desastres. En el libro de Josué (6,5) se anuncia por ejemplo, con ella el derramamiento inminente de los torreones de Jericó. Pero es a la par problema constante de la majestad pavorosa de Yahvé.

Cuando Dios se manifiesta en el Sinaí, le precede *un muy fuerte sonido de trompetas* (Ex. 19,16), que aumenta en intensidad a medida que se acerca la aparición divina. Trompetas resuenan delante del arca de

la alianza (1 Cr. 15,24); con sonido de trompeta contempla el salmista la grandeza de Dios (Sal. 46, 6 y 150, 3); trompetas acompañan por doquier las sobrecojedoras visiones de los grandes profetas y trompeteros son, en fin, los ángeles temerosos del Apocalipsis (8,6; 11,15).

Reiteradamente se alude en los pasajes escatológicos del Evangelio y de las epístolas paulinas a la trompeta anunciadora del juicio final (Mt. 14, 31; 1 Cor. 15,52; 1 Tes. 4,15). Ante este sonido formidable se han estremecido los santos: "¡Trompeta terrible –exclama San Juan Crisóstomo–, a la cual obedecen todos los elementos de la tierra! Ella quebranta las rocas, abre las tumbas, pulveriza las puertas de bronce, llama de la profundidad a las almas y las junta a los cuerpos; y todo sólo en un momento, *In ictu oculi,* dice San Pablo".

Pero el Santo a quien más pavor infundía el resonar de la trompeta escatológica era San Jerónimo, quien sólo al recordarla temblaba de pies a cabeza, y le parecía oir con voz potente: *¡Muertos, levantaos a juicio!* Hemos visto la descripción terrible que nos hace el historiador Flavio Josefo en la destrucción de Jerusalén, y como según el Evangelio ésta viene a ser como una figura pálida de la que tendrá lugar al final de los tiempos. Esto debe movernos a vivir en santo

temor de Dios y estar siempre dispuestos a comparecer en su presencia. Jesucristo nos dice: *"Estad preparados..."*. Para cada uno en particular nos puede llegar el momento de ser juzgados por Dios.

ÍNDICE

Presentación 3

EL TEMOR DE DIOS

-¿Qué es el temor de Dios? 5
-¿Qué nos dice la Biblia del temor de Dios?... 7
-El ejemplo maravilloso de Abrahán 7
-¿Por qué hemos de temer a Dios? 8
-¿Qué provecho nos acarrea el temor de Dios? 9
-El temor de Dios es un don de su gracia 11
-Motivos que nos obligan a temer a Dios 12
-Otras ventajas del temor de Dios 14
-¿Qué es lo que puede hacernos Santos? 16
-¿Quiénes quieren no pecar? 18
-Dicha que proporciona el temor de Dios 20
-Teme a Dios para no pecar 21
-Medios para adquirir el temor de Dios 22
-Temed a Dios, porque se acerca el día del juicio 24
-La destrución de Jerusalén.............................. 25
-Comienza el asedio... 27
-Se extiende el hambre y la miseria.................. 29
-Se entabló una lucha feroz.............................. 30
-La antigua ciudadela 33
-Tito entra en la ciudad..................................... 34
-Signos extraordinarios que presidieron a la ruina de Jerusalén... 35
-El valle de Josafat.. 36
-La terrible trompeta... 37
-Indice.. 40